

VERDADES

Pero Grullo, bobalicon y simple como de costumbre, vuelve á la arena periodística ¡quién lo creyera! despues de algunos años de silencio; años que le han parecido siglos, pues no le es posible soportar el horrible mutismo; no le es grata la vida ni soportable siquiera sin hablar de D. Sebastian, del ministerio, de los gobernadores, de los diputados, de los periodistas, de los empleados, y hasta de los cómicos y todo bicho viviente que tenga que ver algo en la cosa pública.

Qué exacto es el adagio aquel: natural y figura.....

Por consiguiente, *Pero Grullo*, tan llano como rudo, comenzará por decir lo que ha repetido hasta el fastidio, y lo que respecto de él sabe todo el mundo; esto es, que será de oposicion, *mondo y lirondo, claro, neto y destacado*. Nació para ser oposicionista como el pez para el agua, como el ave para el aire, como D. Sebastian para padre paulino, como ciertos diputados perpetuos para decir: *¡Murio el rey! ¡Viva el rey!*

Firme en su macho diciendo dale que dale y erre que erre, dirá verdades de á folio, y como en otra vez, ya que lo han hecho creer que es necesario decirlas, así lo hará aunque tal empresa tiene sus dificultades.

«Porque si todas las verdades son para dichas, poquísimas son para oídas.»

Y esto entristece y desalienta, porque *Pero Grullo* y su íntimo amigo *Don Cómodo*, que su fuerte es decir verdades, tendrán que conformarse con la grata satisfaccion de haberlas dicho, aunque nadie las haya oído.

Y esto es una inconsecuencia.

Si la verdad se hizo para decir la á todos y á gritos, si es necesario hacerlo así, ¿por qué hay oídos que se cierran á las verdades?

Ya se ve, hay algunas que amargan y es preciso saborear el néctar de la adulacion.

Por eso á nosotros, que decimos ca-

da verdad como un mundo, nos han condenado á predicar en desierto y siempre majando en herro frio, nos escuchan con oídos de comerciante ó de ministro.

«No hay peor sordo que el que no quiere oír; pero quien porfia mata venado.»

Nosotros diremos y gritaremos en el tono en que lloran los empleados cesantes; en el que amenazan los porfiristas, como que somos de los mas exaltados: en el que cantan los ministerialistas á su tío Nacho y al capitán Mejía, y en el que las bailarinas y Malanco le hablan á D. Sebastian.

Y sin embargo, tememos quedar como antes.

¿No toda la prensa independiente de la República ha puesto el grito en el cielo? ¿Y á quién se ha escuchado?

¿A nosotros que no sabemos decir sino verdades?

Es una empresa de romanos; mucho mas ahora que tenemos un congreso, un ministerio, unos gobernadores y unos monaguillos en la prensa oficial y oficiosa que da encanto verlos.

Pero no importa; hace mucho tiempo que no decimos ni por ahí te pudras, y ya tenemos vehementes deseos de hablar hasta por los codos, diciendo verdades, y muchas, aunque para el caso nos veamos obligados á usar de la trompeta de San Gerónimo, ó de la de la Fama, que sin cesar pregona las hazañas y heroicidades del moderno Júpiter tonante de México.

Y si ni aun así conseguimos hacerlos oír; si nadie nos oye, gritaremos; si ni por esas, hemos de chillar y de decir cosas que no sean para oídas.

Contando con la impunidad, supuesto que no nos han de escuchar, diremos sin temor..... no, eso de sin temor, es muy magistral; diremos verdades á puños y como un puño; verdades desnudas aunque tanta desnudez ofenda el pudor de Juvenal (el del *Monitor* se entiende.)

Estamos en pleno siglo XIX, y si las hermosas hijas de Eva apenas velan sus encantos; si los ambiciosos no se cuidan de encubrir sus miras; si á los ministros un pito les importa cambiar

de amo y de convicciones, tanto como mudar de camisas, ¿por qué no hemos de imitar nosotros tanta desvergüenza?

Ya está dicho: lo que nosotros digamos serán verdades como nuestras; desnudas como las hijas de los pobres; amargas como la hiel que reboza en nuestro corazón; frias como el alma de D. Sebastian, y duras como las de un ranchero.

Seremos intransigentes, tenaces y malcriados.

Respetaremos la vida privada, aunque á nuestro pesar, porque hay algunas vidas privadas tan íntimamente ligadas á las públicas!.....

¿Pero la Constitución? y somos tan constitucionales, que primero nos privamos de decir lindezas antes que infringirla.

Para llenar nuestro propósito no se necesita programa. Y sobre todo que dar programa cuando no se sabe decir sino verdades, es como si D. Sebastian diera otro manifiesto para infringirlo á ojo de buen cubero.

Hay tanto programa sin llenar, tanta promesa sin cumplir, que es mejor no sujetarse á reglas, mucho menos hoy que nadie las tiene.

Pero siempre es necesario hacer algunas aclaraciones.

Diremos verdades aunque lo amarguen al lucero del alba.

Seremos intransigentes con los lerdistas que maman á dos tetas y que piensan en la reeleccion.

Sordos para las indirectas que nos lancen por nuestro feo estilo y nuestra falta de conocimientos literarios.

Mansos como unos corderos cuando se trate de buena fé, de la felicidad y adelanto de la República.

Pero feroces como cierto ministro cuando se ataquen las instituciones y quieran eternizarse en el poder los beneméritos y cándidos Lerdos, Leyvas, Romero Vargas, Escobedos, Antillonos, etcétera, etcétera, etcétera.

En suma, seremos tan sinceros, que los que nieguen lo que escribimos, negarán «que á la mano cerrada se llama puño.»